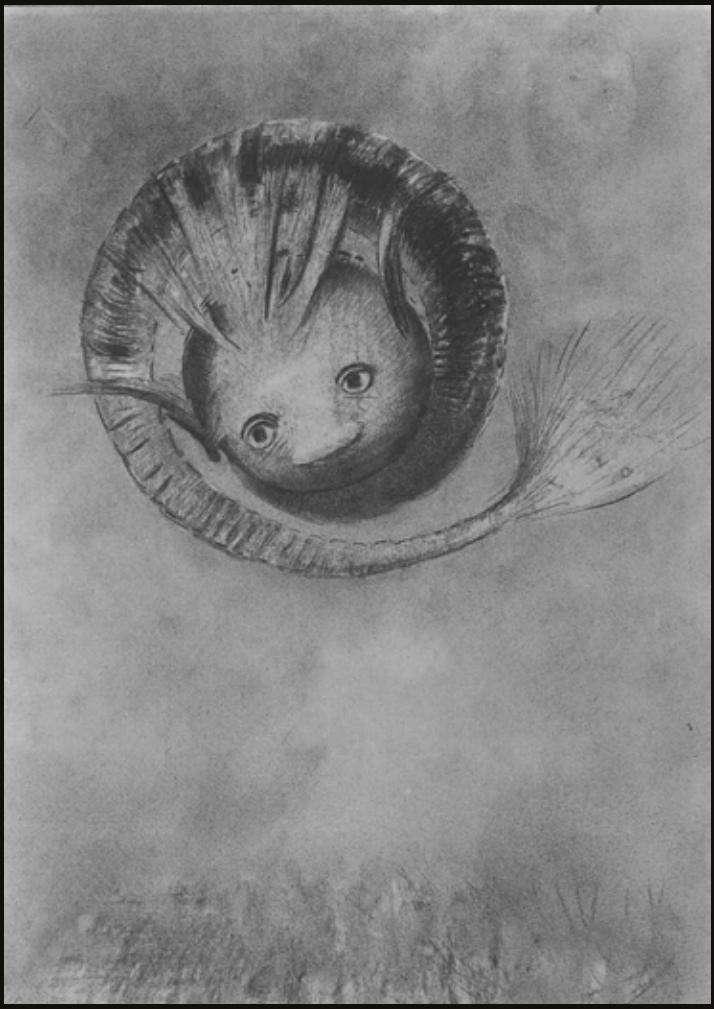
EL AULLADOR



UNA HISTORIA DE T. E. GRAU

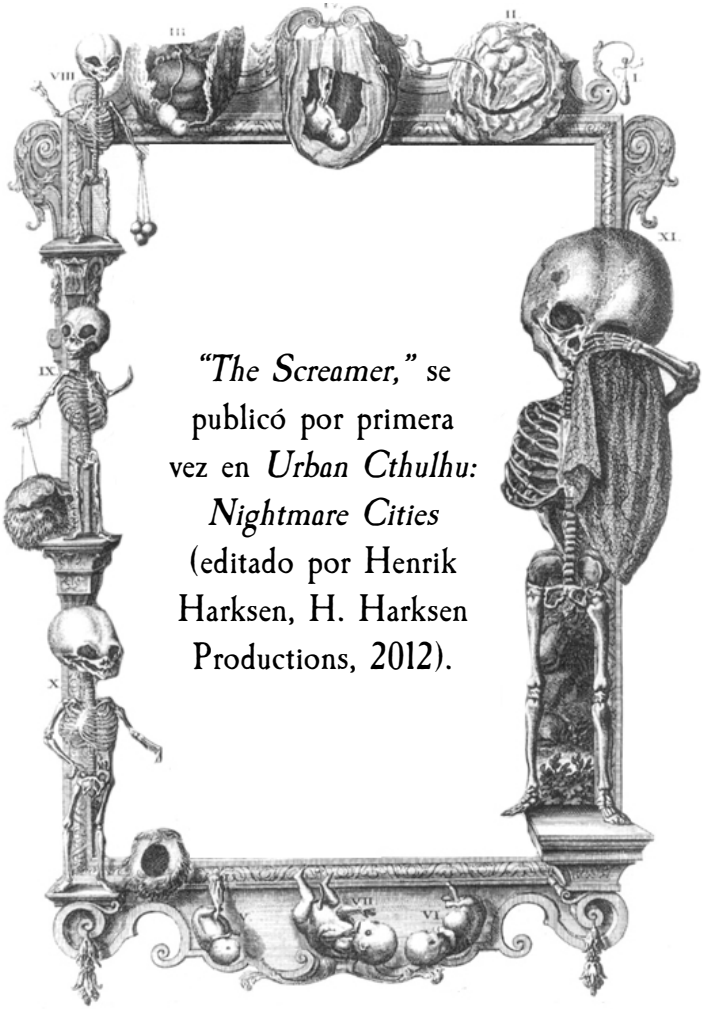
ILUSTRACIÓN DE ODILON REDON

«Y en la profunda oscuridad permanecí largo tiempo atónito, temeroso... Soñando sueños que ningún mortal se haya atrevido a soñar jamás.»

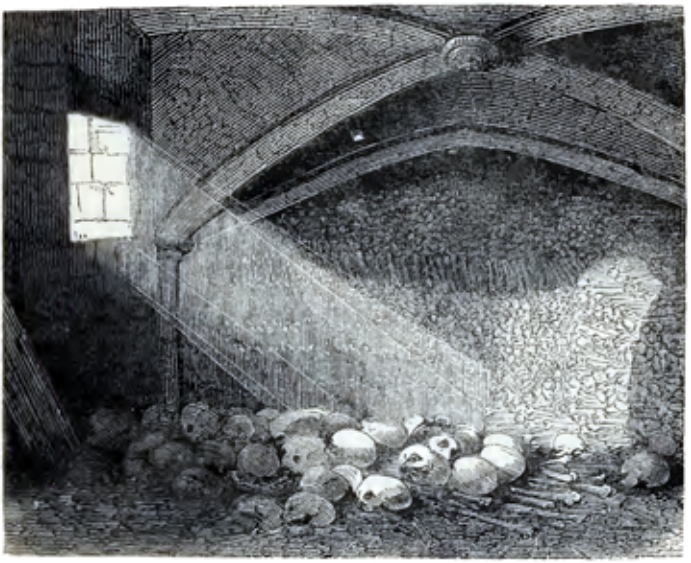
—Edgar Allan Poe
El Cuervo

«No amo a los hombres: me encanta lo que devoro de ellos.»

—André Gide
Prometeo Mal Encadenado



"The Screamer," se publicó por primera vez en *Urban Cthulhu: Nightmare Cities* (editado por Henrik Harksen, H. Harksen Productions, 2012).



El Aullador

Había pasado una semana desde que Boyd oyó por primera vez el aullido, y después de aquello, nada había sido como antes.

Al menos le parecía una semana. Era difícil precisarlo, encerrado como estaba en las entrañas de un apartamento vacío que crujía y chasqueaba con aviesas intenciones, como una mano en tensión preparada para adoptar la forma de un puño y aplastar cuanto tuviera a su alrededor. El tiempo se había detenido en el exterior, mientras que algunas cosas se movían en el interior de las paredes, por el tejado, bajo el suelo. Venas arrastrándose y tendones contrayéndose. Pies hundidos. Había llevado el grito a casa con él, expulsando todo rastro de vida. Todo cuanto quedaba se desplazaba y sacudía, esperando a convertirse en polvo o a salir disparado hacia un cielo que siempre se alzaba gris amarillento y sin estrellas.

En Los Ángeles, las estrellas estaban a ras de suelo. Todo lo que había por encima era tan solo un telón pobremente iluminado.

Vivían dos personas allí, tres antes del grito, si cuentas al conejito. Pero incluso entonces, el apartamento estaba vacío, perdido dentro de un complejo de viviendas acurrucado en los exteriores del piso alquilado del sucio Downtown. La vivienda disponía ahora de más espacio, y el puño quería cerrarse antes de que el último de ellos se escapara. Para evitar que alguien cuente su historia entre susurros.

Boyd tenía que salir, debía regresar a Century City. Necesitaba escuchar el grito una vez más porque, en última instancia, sabía lo que significaba.

Solo otra hora. Tan pronto como el sol se lo permitiera, escaparía de aquella tumba y llegaría a tiempo para escuchar la última estrofa antes de que se echara el telón.

El destartalado Pontiac de Boyd emitió unos sonidos explosivos, abriéndose paso a la vida con una exhalación de un humo con cierto matiz azulado que seguro echaría a perder los cereales del exótico desayuno de sus vecinos. Miró al balcón de su apartamento en la tercera planta, preguntándose si ella estaría allí para verlo, como las fieles esposas que revestían los muelles en los viejos tiempos. Todo lo que encontró fueron enredaderas secas aferrándose a la baranda oxidada. Las connotaciones románticas murieron con la resolución del misterio.

Boyd le insufló gas a su tartana. El motor del Detroit retembló peligrosamente en su cubículo de dudosa calidad. Era cuestión de tiempo que aquel maldito coche se averiara del todo y le condenara a viajar en autobús. Asientos empapados de orines y transeúntes inquietos. El claustrofóbico agobio de los cuerpos rancios, el aliento con aroma a alcantarilla y esas ventanas que se abrían apenas unas pocas pulgadas. Boyd apoyó la cabeza sobre el volante, saboreando el Jameson de la noche anterior, y metió la mano en su bandolera. Adiós a dejar de fumar. Olvídate de que sean dos. Seguro que por lo menos serían tres.

Lo encendió, aspiró y lo aguantó en sus pulmones. Era el ardor que más iba a añorar de todos.

El coche traqueteó alejándose de la acera y adentrándose en la lluvia que lamía las calles de Echo Park, saludado por un círculo de vómitos en el exterior del local al que iban todos los hípsters. Ese tipo de bar que no tenía letrero, porque cualquier tipo de promoción se consideraba pasada de moda. Nunca llovía lo suficiente para limpiar la ciudad. La gente simplemente pasaba por encima de aquel desastre y seguía hacia delante, enviando mensajes de texto como si estuvieran escribiendo la siguiente Gran Novela Americana en ciento cuarenta caracteres, todos a un mismo tiempo.

Boyd bajó la ventanilla, intercambiando el humo del cigarrillo por un pastoso manto de tubos de escape. Se deslizó a través del tráfico con el piloto automático, ordenando su carga de trabajo diario mientras iba cambiando de dial, de la Radio Pública Nacional a las emisoras clásicas de rock, buscando algo interesante. Encontró una canción melancólica en un extremo olvidado del dial, ocupado por una radio pirata y por Rowland S. Howard. –*Estoy volando por el espacio... No hay un lugar mejor.*

La letra se desvaneció hasta convertirse en un murmullo mientras Boyd observaba por su parabrisas sin mirar nada en realidad. Boutiques eclécticas, salones de tatuajes y puestos donde vendían tacos, todos luchando por definir al barrio para cualquiera que fuese la revista que estaba haciendo el reportaje de ese mes. Los Ángeles siempre se veía mejor a través de la lente de una cámara pero eso, en verdad, a Boyd no le importaba. Él ya no veía nada de eso. Se había quedado ciego tras recorrer la misma ruta cinco días a la semana, a veces incluso un sexto, cuando no era temporada de fútbol universitario. Era como una rata corriendo hacia el espejismo de un queso de calidad superior, con la esperanza de llegar a la sucursal enclavada en la zona más elegante de la ciudad, desde donde uno podía oler el mar. Necesitaba esa carga de iones negativos y esa penumbra costera. Un perpetuo cielo azul provocaría que cualquiera recobrara la cordura. –*No hay un lugar mejor...*

Sin previo aviso, un camión con remolque cargado de carritos de la compra salió disparado de un callejón y pasó por delante de Boyd. Este pisó el freno a fondo, dio un volantazo y apretó el claxon. No funcionaba, y se quedó dando golpes al volante mientras el camión se alejaba sin reproche alguno. Sin bocinazo. Sin quedarse a gusto. Un brazo fibroso decorado con tatuajes baratos de presidiario salió desde el lado del conductor para mostrarle un pulgar hacia arriba. Boyd le hizo luces mientras desaparecía, maldiciendo aquellos tatuajes de mierda y a todos los camioneros. Sin duda, iba a ser un trayecto de cuatro cigarrillos.

Abandonó Sunset en el extremo este de Hollywood, beneficiándose de unas calles secundarias menos transitadas mientras seguía hacia el oeste. El tráfico iba desplazándose como un acordeón cuanto más se aproximaban al mar. A lo largo de una barriada de paredes de estuco y ventanas con rejas cerca del bulevar de Santa Mónica, dos delgadas y fibrosas prostitutas travestidas —unas verdaderas emprendedoras, teniendo en cuenta la hora— caminaban sobre las aceras pegajosas haciendo resonar sus tacones; el turno de noche fundiéndose con la mañana, del mismo modo en que ellas lo hacían con sus tacones. Los rostros demacrados escudriñaban cada coche que pasaba despacio, buscando conseguir otro cliente. Una última zambullida que las llevara a través de la cruel luz del sol hasta el mono del crepúsculo, tan solo para hacer lo mismo una y otra vez. Una de ellas silbó a Boyd. Hicieron contacto visual. Nunca miraba a los ojos a cualquiera que considerara las calles su hogar. Uno de los travestis se agarró la entrepierna y gritó algo sucio e ininteligible. Boyd aceleró, casi arrollando a una mujer apenas silueteada anclada a una silla de ruedas que cruzaba por la intersección. No dijo nada.

Boyd encendió la radio y acomodó el espejo retrovisor.

De regreso a la locura de la avenida principal de Vermont, Boyd se dirigió a Mid Wilshire, que una vez fue una zona resplandeciente, algo a lo que contribuyó la élite de la Edad de Oro de Hollywood. Ahora era tan solo un tapiz rasgado cubierto por el avance capitalista de Korea Town. Retazos de grandes y antiguas

casa de estilo Tudor rompían las largas extensiones de ilegibles neones sobre restaurantes de comida a la parrilla, salas de billar y compañías de seguros. En cada esquina, los jóvenes habitantes de la zona, embutidos en trajes Gucci, se reclinaban sobre sus coches alemanes, haciendo restallar la música house y chillando a sus teléfonos móviles, mientras los abuelos pasean por las aceras, desconcertados, observando ese extraño nuevo universo bajo las alas de sus gorras con visera.

Las luces mutaron, al igual que el escenario. Vermont se transformó en Pico, y luego en Olympic. El paisaje pasó de la piedra al verde, de indo-asiáticos, a judíos y árabes, hasta que Boyd atravesó el radio invisible de Century City, una zona municipal meticulosamente pensada en la mimada parte trasera de Beverly Hills.

Las cuatro por cuatro manzanas que conformaban Century City tenían la impronta de un purgatorio de oficinistas delimitado por hileras de rascacielos monótonos y carentes de interés, ocupados también por gente monótona y poco interesante. El soso y rutinario hermano pequeño del mil veces más estiloso Downtown. Edificios análogos se elevaban mediante patrones regulares, envolviendo el famoso centro comercial en el seno de todo aquello. En el último asalto del interminable concurso de ver quién la tiene más grande que se da de continuo entre los cinco estudios de cine más importantes, el año pasado había comenzado a construirse un nuevo inmueble —uno destinado a empequeñecer al resto— en la Avenida de las Estrellas, pero fue abandonado cuando la economía se fue a la mierda unos meses atrás. Ahora es un caparazón a medio formar que se elevaba unos novecientos pies, como los huesos de un dinosaurio muerto mucho tiempo atrás desgastándose al sol. Una descomunal grúa con su brazo peligrosamente extendido, montaba guardia en la parte este, por si acaso se producía la llamada que le instara a concluir su cometido. Algunas veces, resultaba más barato abandonarlo.

Las torres gemelas en Olympic marcaban la frontera suroeste. La Conquista del Planeta de los Simios se rodó allí, cuando Century City —proclamada la «Ciudad del Futuro»— era muy avanzada

para su época en aquellos optimistas años 70. Ahora solo se mostraba aburrida, como una mujer de mediana edad que lleva un corte de pelo desfasado, redondeado y muy corto, y que se refugia en sus empalagosos cereales durante el resto de su vida.

Las calles se mantenían limpias. Sin chusma. Sin sustancia. Ningún mono parlanchín entregando armas a otros monos que también hablan. La tierra de los abogados no podía ser de otra manera. Aquel lugar se desbordaba durante horas, pero luego se convertía en una ciudad fantasma hasta pasadas las seis de la tarde. Incluso el único bar cerraba a las nueve. Century City no se preocupaba por la estética o la vida nocturna, lo que importaba era ganar dinero, y eso lo hacía de sobra, en grandes y obscenas pilas, gracias a zánganos como Boyd, trabajando para unos superiores menos instruidos pero que tenían las pelotas de marcar su territorio, como cuando el Oeste seguía siendo salvaje.

Cerca de Constellation Avenue, Boyd divisó su edificio. Veintiocho plantas de acero y cristal elegantemente iluminadas y encapsuladas por una celosía blanca de cemento. Había armazones de hormigón en sus cimientos para cuando llegara el Gran Terremoto. Aunque el Gran Terremoto iba a tardar en llegar, prometía el Canal 7. A los lugareños, no podía importarles menos.

En el camino de entrada, un equipo de reparación de calles estaba de pie, observando a un hombre oculto tras unas gafas de sol y un bigote como de morsa, apoyando su estómago sobre un saltarín martillo neumático, criticando en silencio su técnica. Boyd hizo un gesto con la cabeza a uno de ellos, intercambiando esa mirada de superioridad de dos abejas obreras forcejeando en el interior de la colmena. Agitó su tarjeta frente al lector óptico y se abrió paso hacia el garaje que olía al ajo salteado del restaurante del primer piso. El Pontiac se detuvo detrás del coche de Neil, un Volkswagen Cabrio descapotable naranja. En la placa de la matrícula podía leerse NEILISTA, y estaba rodeada de pegatinas de Leftie que apoyaban una serie de causas vagas pero sumamente serias. Neil era el tipo de hombre que creía que la llegada del hombre a la Luna no solo era un fraude,

sino que era un espectáculo visual financiado por los Illuminati. Neil creía en un montón de mierdas disparatadas.

Boyd bajó del coche, se precipitó hacia el ascensor y entró justo en el momento en el que las puertas se cerraban. Parecía llegar un poco más tarde cada día.

Una vez dentro, pulsó el botón del duodécimo piso, se apoyó contra la pared de espejo y miró al frente, como haría cualquier persona de bien. El otro ocupante, un hombre bajito, se estaba preparando para la conversación. Era uno de esos. Al sentir el último resquicio de su espacio personal invadido, Boyd le lanzó una mirada. El hombrecillo sonrió.

–Asco de lunes, ¿verdad? –dijo el hombre, como si lanzara una declamación profunda a la altura de Platón. Tenía un aspecto ridículo, con el pelo grasiento echado hacia atrás y un traje nuevo y brillante. Tenía unos enormes zapatos de punta, verdes y blancos, a los que se les había sacado lustre de forma perversa. Parecía como si Lollipop Guild enviara a su representante mejor vestido al mundo laboral. ¿Quién llevaba zapatos de punta en estos días?

–Sí, apestan –murmuró Boyd, concentrándose en calcular en qué piso estaban. El hombre rio, demasiado fuerte. Boyd lamentó haber dicho algo.

Justo en ese momento, las luces se atenuaron y la cabina se estremeció, deteniendo su ascenso. El silencio era denso, como cuando dos extraños estaban demasiado cerca el uno del otro.

–¿Un terremoto? –preguntó el hombre, su voz ganando una octava.

–Tal vez un apagón –replicó Boyd. El ascensor no se movía. Las tripas del edificio enmudecieron. Boyd casi deseaba que aquel estrecho cubículo se hubiera desplomado hasta el sótano en lugar de dejarlo allí encerrado con aquel payaso.

Las paredes temblaron, y la cabina comenzó a subir de nuevo.

–Malditos gobernantes –suspiró el tipo diminuto, haciendo gala de un aire de soberbia napoleónica. El ascensor llegó a su destino.

–Nos vemos más tarde, amigo –dijo el hombrecito, con un guiño

y sus dedos adoptando la forma de una pistola acompañando su voz. Boyd se había marchado antes de que las puertas se cerraran.

A las 9:14 AM exactamente, Boyd caminaba con pesadez por la senda menos transitada por su jefe, pasando por entre archivadores y cubículos hacia su oficina, que seguía fría debido al fin de semana. Dos ventanas panorámicas daban al edificio de al lado, que era una copia exacta del suyo. La limitada visión era su recompensa por haber dedicado diez años de su vida consciente al bufete. Se sentó frente a su escritorio, encendió el ordenador y esperó a que se terminara el día.

Faltaban unos diez minutos para la hora del almuerzo cuando oyó el grito.

Una de las luces fluorescentes zumbaba y parpadeaba. Algo debía haber quedado atrapado en ella. Con toda probabilidad, una polilla. La iluminación que con tanta ansia había codiciado, acabaría por matarla. Boyd se recostó con intención de reflexionar sobre esa muerte agónica en el techo, cuando un grito llegó desde el exterior. No le dio importancia. Los mozos solían comunicarse con una serie de chillidos y silbidos. Sonidos curiosos que no eran poco frecuentes en aquella ciudad.

Pero se repitió.

Un grito. Un grito fuerte y extraño.

Boyd giró en su silla e inspeccionó el perímetro. Nada más que un marrón industrial, con una franja opaca de azul por arriba y unos ribetes de gris por debajo.

Otro grito rasgó el aire. Boyd escudriñó los edificios, pero nadie más estaba mirando al exterior. Las ventanas no se abrían en Century City. El suicidio no resultaba rentable, y era algo que debías relegar para tu tiempo libre.

Los gritos continuaron. En un primer momento parecía masculino, pero creció hasta trascender de género. Un sonido tan extraño...

Algunas veces jovial, otras ansioso. No había terror en él. Tan solo una expresión de... algo. Inescrutable, pero sorprendentemente sugerente. Se supone que un grito no debería sonar así.

Boyd se sentó en su escritorio y escuchó. Los gritos llegaban cada diez segundos y se prolongaron durante unos dos minutos, para luego acabar de manera abrupta. Después de unos instantes en silencio, se detuvo en el umbral de su puerta, mirando de arriba abajo el pasillo de sus compañeros de trabajo. No había ninguna mención a los gritos en los fragmentos de las conversaciones, por lo general centradas en películas desconocidas proyectadas en el Nuart o en el último artículo del Slate. Gentuza con ínfulas, o al menos fingían tenerlas. Pensó que tenía sentido que el resto de la oficina no escuchara lo mismo que Boyd. No cualquiera consigue una ventana con vistas espectaculares porque sí. Sin embargo, aquellos que se encontraban en su mismo lado del edificio, deberían haberlo oído también.

–¿Sosteniendo la pared, Stanfield? –Boyd se estremeció. Su jefe, el señor MacIntosh, miró con la frente arrugada el montón de papeles que siempre sostenía frente a él como un escudo corporativo. MacIntosh nunca miraba a nadie a los ojos.

–No, señor –farfulló Boyd–. ¿Ha oído, hum...? ¿Lo ha oído usted?

MacIntosh entregó parte de aquellas facturas a Boyd. –Haga esas llamadas. Es final de mes, y siete... no, ocho de sus clientes no han pagado.

Boyd agarró los documentos mientras MacIntosh se alejaba deambulando por el pasillo, con su rostro enterrado en los comunicados, como un buitre sobrevolando un cadáver. –Tiene que seguirlos de cerca, Stanfield –añadió por encima de sus hombros encorvados–. Es la única manera de llegar a la cima.

–El capitalismo es para los asesinos –emitió una voz desde la oficina contigua. Boyd se asomó dentro del lugar en el que Neil anidaba en medio del desorden de aquella matriz de archivos. Las paredes estaban decoradas con fragmentos de frases filosóficas francesas, mapas de ciudades francesas olvidadas y varios memes de internet tan

irónicos como raramente divertidos. Francia y la ironía fueron siempre muy importantes para Neil.

Con sus auriculares en su sitio, Neil apartaba su teclado mientras untaba brie con una cuchara en esas galletas tan pijas de Trader Joe's. Él, de alguna manera, conseguía mantener cierto orden en aquel vertedero de papeleos y tentempiés vegetarianos. –Me pregunto cuántos cuerpos habrá escondido MacIntosh tras su cuenta bancaria –dijo Neil, sonriendo a través de un bocado de queso cremoso.

Boyd sonrió. –Ellos murieron por nuestros pecados. –Disfrutaba de sus bromas sarcásticas, pero no se veía tomando unas cervezas con él. Supondría demasiado esfuerzo.

–Al menos alguien lo hizo –apuntó Neil–. Jesús tenía cosas mejores que hacer.

Boyd se echó a reír, y luego recordó el motivo por el que entró. –Eh, oye, ¿has oído eso esta mañana?

–¿Oír qué? –preguntó Neil, a la par que rebuscaba en un archivador.

–El grito.

Neil se encogió de hombros, señalando su oreja. –Lo único que he escuchado esta mañana ha sido a Claude François y conferencias de MacIntosh. –La banda de arrogantes había encontrado a su rey.

Boyd caminó hasta la ventana. Neil solo tenía una. –Llegaba del exterior. –Boyd contempló la intersección geométrica que formaban el edificio, el tejado, la pared y el cielo–. No hay hospitales por aquí cerca, ¿verdad?

–¿Hospitales?

–Sí. Ya sabes, algo así como instituciones mentales. –Por supuesto que no las había. Los locos eran llevados tierra adentro, entre el polvo y las colinas de la «otra» California, esa que nunca muestran en Entertainment Tonight–. Y nadie vive en Century City. A excepción de los sin techo. –Viven en mi vecindario, pensó. A estas alturas, Neil no parecía estar escuchando. Por supuesto aquello tenía más interés para Boyd–. Me parece raro –dijo en voz baja.

–Es una ciudad extraña, hombre –masculló Neil, con su huida de la conversación acentuada por un eructo–. ¿Has oído tú algo sobre el hundimiento?

–¿Eh? –Boyd tampoco estaba escuchando, haciendo un recorrido en su fuero interno por los puntos sospechosos en los planos y coordenadas de Century City.

–Destruyó un bloque de almacenes al completo anoche, en Comerce. El suelo simplemente se hundió. –Los dedos regordetes de Neil se deslizaban sobre su teclado como haría un pianista en un concierto–. El Alcalde se tomó un respiro de su tarea de acostarse con jovencitas y apareció en las noticias para declarar que era «motivo de preocupación» –mencionó, sacudiendo su cabeza–. A lo que voy, ¿puedes creer...? –Neil levantó la vista, dándose cuenta de que estaba solo.

»Capullo.

Boyd se dirigió al archivo para tomar una taza de café antes de irse a fumar su cigarro de la hora del almuerzo. Nunca comía en el descanso. No tenía estómago para eso. Margaret, la empalagosa y perenne oficinista que coleccionaba desengaños en lugar de aniversarios de boda, estaba canturreando junto a la fotocopiadora. Ella, de manera inconsciente, contaba las hojas del formulario azul G-28 que iban saliendo despedidas de la Sharp X3400.

–Hey, Boyd –dijo con voz alegre, sin siquiera darse la vuelta. Veinticinco años de supervivencia a las distintas políticas de la empresa le habían conferido una extraordinaria visión periférica.

–Hey, Margaret. ¿Cómo te va? –replicó Boyd. Se encontraba a sí mismo impelido hacia una actitud alegre cuando hablaba con ella. Tenía un don para adoptar los gestos de quienes lo rodeaban. Mimetización profesional, así lo llamaba su novia, tratando de ocultar el irritado giro de sus ojos. Pero parecía que a Boyd le funcionaba, como así atestiguaba su reputación de persona afable. La novia de

Boyd pensaba que lo volvía alguien indistinguible, como un reflejo en un tazón de leche, y casi igual de profundo.

–Oh, ya sabes... –indicó Margaret. Siempre respondía de la misma manera, como si estuviera a punto de lanzarse a soltar una serie quejas sin interés que afortunadamente nunca llegaban.

–Sí –dijo Boyd, alcanzando la puerta. Él siempre respondía también del mismo modo.

–Vaya una locura de gritos, ¿eh? –apuntó Margaret de forma distraída. Boyd se quedó inmóvil.

–¿Los has oído?

–Parecía como una niña pequeña.

No, para nada, pensó Boyd. Sonaba a todo menos a una niña.

–Llamé a la policía –dijo Margaret, alineando los bordes de papel encima de la fotocopiadora–. Dijeron que inspeccionarían la zona. Siempre son muy amables.

–Probablemente sea una buena idea –dijo Boyd, todavía desconcertado por su comentario. Había visto a esa mujer más que a su propia madre. Más que a nadie en su vida fuera de la oficina, pero no sabía nada sobre ella salvo su predilección por los zuecos malva de enfermera y las deslumbrantes blusas de teletienda. Abrió la puerta trasera de la sala.

–Aterrador, ¿verdad? –dijo Margaret mientras Boyd salía al pasillo–. Pobrecita –añadió, regresando a su tarareo. La puerta se cerró lentamente detrás de él.

Afuera, Boyd se unió a otros fumadores, manteniéndose a los veinte pasos de la entrada que marcaba la legislación, para no ofender a nadie ya de por sí contaminado por la polución. Cogió un cigarrillo y miró a los edificios que se alzaban como colosales columnas rectangulares. Escudriñó las calles. Nada fuera de lo común. Nadie que pareciera capaz de emitir un sonido tan extraño con tan dedicada regularidad. Entonces, ¿de dónde provenían?

Los pensamientos de Boyd fueron interrumpidos por la aparición de su jefe en el vestíbulo acristalado del edificio. Regresaba de un almuerzo de trabajo, parecía más pequeño y frágil bajo el resplandor del sol. MacIntosh estrechó la mano de un hombre de igual edad de rostro plateado, ataviado con lo que parecía una chaqueta de capitán de barco y un pañuelo, pero sin sombrero. Se reían a pleno pulmón de una anécdota indecorosa a cuenta del solomillo bien hecho. El mundo pertenecía a los ancianos adinerados, agitando sus voraces panzas ante la plebe de ojos como platos. Neil bien podría haber dicho eso alguna vez.

Boyd se volvió, escondiendo su cigarrillo. Había trabajado en el gabinete por más de diez años, pero todavía se sentía como un niño avergonzado si su jefe lo veía fumar, incluso en su hora del almuerzo. No sabía si era por una inquietud moral o porque el señor MacIntosh pudiera pensar que estaba fumando en horas de trabajo. De cualquier manera, era algo a ocultar.

Boyd regresó a su apartamento justo cuando su novia se preparaba para salir de noche, poniéndose ese tipo de trajes que él había olvidado que ella tenía. –Noche de chicas –bramó ella. Algunas veces no regresaba a casa de esas «noches de chicas» hasta la mañana siguiente, aduciendo un «desayuno en McDonald's» como una explicación irreprochable. Probablemente estuviera viendo a alguien, o una serie de ellos, pero a Boyd no le importaba. Aquella era la evolución natural de las cosas. Cuando uno de esos otros la impresionaran lo suficiente, ella le dejaría, y hasta ahí habría llegado su inmaduro experimento de jugar a las casitas. Algunas personas no estaban hechas para eso. Algunas personas no encajaban con nadie.

Boyd se sirvió una copa y soltó al conejo, que se precipitó bajo la mesa para ignorarlo durante toda la noche. La televisión emitía un insípido *reality show*. Boyd la apagó y se sentó frente a la ventana. No era tan grande como las de su oficina, pero al menos se abría.

Peleó contra la resistencia que ofrecían las jambas y la subió hasta la mitad, dejando que los sonidos y los olores de Echo Park, que comenzaba a atestarse de niños de papá devenidos en hippies y vendedores ambulantes. Dejó su bebida y se encendió un cigarrillo, sin molestarse en expulsar el humo por la ventana como hacía normalmente. Mientras el frío veneno masticaba su pared estomacal, observó el mundo exterior detrás de una neblina de remolinos blancos, esperando que alguien gritara.

Lo escuchó durante toda la semana. Cuanto más lo oía, más cosas comprendía, detectando capas. Matices. Parecía tener cierta musicalidad, una melodía plegada dentro de una disonancia, como un estructurado estribillo barroco entretejido dentro de un jazz.

Su trabajo se resintió. MacIntosh se dio cuenta de ello, haciéndole entrega de más papeles, acompañando aquel gesto de un sonoro reproche. MacIntosh era un maestro en conferir un castigo ejemplar a los holgazanes. Los compañeros de trabajo de Boyd también lo notaron, asomándose de cuando en cuando a su oficina con preocupación. Pero él no los veía. Miraba por la ventana, a la espera del siguiente grito.

Llegó el miércoles, pero no así el aullador, y Boyd se vio obligado a concentrarse en su trabajo. Dos personas se ausentaron ese día, aludiendo migraña y problemas intestinales respectivamente. MacIntosh profirió una queja sobre aquella resaca, deslizando una mirada de reconocimiento hasta Boyd. En otras circunstancias, se habría avergonzado al haber sido víctima de esas resacas con más frecuencia de lo que era aconsejable. Pero hoy, Boyd apenas percibió acusación en aquel juicio. Estaba distraído. Echaba algo en falta.

Faltaban diez minutos para el almuerzo, y Boyd perdió el tiempo necesario para que llegara la hora de coger sus cigarrillos y salir de la oficina, que estaba empezando a parecerle una morgue. Cuerpos rígidos dentro de pequeños cubículos. Caminó y pasó justo por delante de MacIntosh, que estaba delegando expedientes mientras reprendía a Sandi, la jovencísima recepcionista recién llegada de la universidad. Ella se acurrucaba con pesar sobre su escritorio, repleto de animales de peluches, flores de fieltro y fotografías de niños de mirada triste. –Hola Boyd –chilló. Él sonrió y evitó el contacto visual mientras se metía en el archivo.

Margaret estaba de pie frente a la fotocopiadora, con una oleada de formularios rosa I-907 congregados a sus pies. –¿Margaret?

Ella miraba fijamente la pared, con la vista perdida. Parecía estar muy lejos, con sus labios ligeramente fruncidos, redondeados hasta formar una ligera «o». Pilas de papeles se amontonaban en la bandeja de recogida de la fotocopiadora; doblándose, arrugándose, cayendo al suelo.

–Hey, Margaret –dijo Boyd con suavidad. Ella no levantó la vista. Él repitió su nombre.

Ella volvió la cabeza lentamente, mirando a Boyd sin reconocerlo. Entonces, sus párpados revolotearon y la sonrisa que tanto había practicado fue poco a poco grabándose en su rostro, devolviéndola a la vida como un juguete reparado. –Hey, Boyd –dijo como en un sueño.

Boyd apretó el botón de «borrado» de la fotocopiadora, recogió aquella colección de informes, los colocó lo mejor que pudo y se los entregó a Margaret. –Creo que hay suficientes.

–Sí –contestó ella–, supongo que hay bastantes. –Se alejó, con los papeles rosados cayéndose de sus brazos también rosados y flácidos.

Boyd encendió un pitillo y se movió incómodo. No podía quedarse quieto, ni siquiera fuera. Los gritos provenían de allí, pero ese día todavía no habían llegado. Notaba la tensión en el cuello y los músculos le palpitaban. El aire llevaba ruidos y el cielo estaba estridentemente brillante. Cada conversación era un grito cualquiera, mezclándose en una cacofonía de ruido plano. Se quedó en la puerta, cerca de la entrada, y soltó un rápido hilillo de humo, resistiendo las miradas de los extremistas de lo políticamente correcto por su actitud.

Una mujer que pasaba por allí se detuvo a la derecha de Boyd. La vio por el rabillo del ojo, siempre atento, y pensó que lo estaría mirando como hacían los demás. Se volvió hacia su presunta acusadora, esperando encontrarse unas botas altas seguidas de un ceño fruncido.

Pero ella no lo miraba a él. Miraba hacia arriba, fascinada por algo que Boyd era incapaz de ver. Entonces, con una calma sublime, respiró hondo y cerró los ojos, poniéndose de puntillas. Acto seguido, se elevó, pasando por delante del sol como un eclipse humano. Aquello lo cegó. Parpadeó y volvió a localizarla. Ella se estaba alejando.

–¿Fumando a escondidas, Stanfield? –MacIntosh había visto su pitillo encendido.

Boyd lo escondió entre sus dedos, con el humo flotando en el aire estático. Esperó a que el miedo por haber sido descubierto hiciese acto de aparición, pero este no llegó. –Sí –respondió Boyd como si nada, dando otra calada y oteando el horizonte como el hombre del anuncio de Malboro.

–Ya sabes que –dijo MacIntosh, su voz extrañamente coloquial– yo también solía fumar. –El anciano sonreía, con una expresión como diabólica enmarcada en su habitual cara hosca–. Cogí el hábito en Corea, así como el de atrapar a tantas jóvenes nativas como pude –rio entre dientes–. Renuncié a ambas cosas cuando regresé a los Estados Unidos –Miró a Boyd con complicidad–. Será nuestro pequeño secreto.

El ascensor se abrió y Boyd se reincorporó al pasillo, cruzándose con el señor Resnick, el abogado de derecho familiar que estaba en el otro lado de la planta. Era un hombre bondadoso, con cuerpo como de paloma y encantadoramente bobalicón. Llevaba una mochila y una gorra de béisbol con su traje arrugado. Siempre llevaba un termo colmado con alguna especie de caldo beneficioso para la salud. –Los Dodgers la cagaron pero bien en la novena, ¿verdad? –Apuntó Resnick.

Los Dodgers eran el elemento que conectaba sus intrascendentes charlas, a pesar de que Boyd no había visto un encuentro de la Liga de Béisbol desde que coleccionaba sus cromos Topps cuando era niño. Ron Cey, Davey Lopes y sus significativos bigotes eran las últimas referencias de los Dodgers de las que Boyd tenía conocimiento. –No podía creerlo –exclamó con falsa indignación, imaginando su estúpida cara devolviéndole la mirada en un tazón de leche.

El señor Resnick dio unas palmadas a Boyd en el brazo. –Nos haremos con ellos antes de los *playoffs*.

–Seguro –dijo Boyd–. La próxima vez, batearemos como nunca. –Resnick sonrió y prosiguió su marcha, con ese dificultoso andar como de pato típico del niño regordete que va caminando solo por un parque.

En el camino a casa, Boyd se desvió de su sempiterna ruta, conduciendo por callejones sucios y sórdidas callejuelas, con la firme esperanza de perderse. Pero conocía demasiado bien la ciudad. En un momento dado, en una avenida abandonada de Lynwood, paró el coche y lloró como lo hizo el día en que lo sacaron de la pista de atletismo en séptimo grado y le contaron lo del accidente. Nadie se dio cuenta.

Boyd intentó con diversas llaves abrir la puerta de la calle, pero ninguna parecía servir. Su primer pensamiento fue pensar que se

debía a que tal vez estaría borracho, pero no lo estaba. No todavía. El segundo fue que alguien había cambiado la cerradura mientras él había estado fuera. Había pasado mucho tiempo desde la mañana, cuando había bajado a trompicones las escaleras y se había metido en su coche polvoriento. Finalmente, consiguió acertar con la llave correcta, y la puerta se abrió.

Su novia estaba al teléfono en el dormitorio, hablando en tonos bajos y risueños. En verdad, era el dormitorio de ella. Boyd dormía en el sofá, delante del ordenador, o en el suelo, dependiendo de dónde desconectara su cerebro. Se sentía como un extraño en su propia casa, entrando a hurtadillas para ir a buscar su anticuada ropa de oficina después de la ducha. No quería despertarla. No sucedía nada bueno cuando lo hacía. Forastero en tierra extraña, parajes inhóspitos. En la radio nunca ponían a Iron Maiden. Boyd no había encendido la suya en días. Llamando a la puerta, asomó la cabeza para decirle que ya estaba en casa. Ello lo ignoró, riéndose de la que, obviamente, era la broma más desternillante jamás contada y que le llegaba desde el otro lado de la línea telefónica. Boyd cerró la puerta.

En el comedor, Boyd miró la conejito que estaba recostado en jaula. Parecía estar mirando hacia atrás, pero Boyd sabía la verdad. Aquel animal lo odiaba, buscaba un resquicio de vulnerabilidad... un punto débil dejado al descubierto. Se abriría paso hasta sus entrañas si alguna vez se acercara lo suficiente. Nunca emitió sonido alguno. Nunca chilló. Solo se quedaba quieto sobre sus propios excrementos y lo observaba, sopesando sus posibilidades.

Boyd se levantó y caminó hacia la jaula

... Un sin fin de laberintos de rascacielos interconectados replicaban fractales tortuosos... Se elevaban hasta alturas impensables y se fundían con la lóbrega oscuridad que proyectaba sombras más negras que cualquier tonalidad que hubiera podido imaginar. Aquellas formas imponentes ondeaban en la niebla que había por encima.

Sus zapatos golpeaban la maleable piedra obsidiana, atravesando los frenéticos ladridos y carcajadas que resonaban en aquel laberinto serpentino. Edificios ciclópeos conseguían liberarse unos de otros, cayendo al suelo como ramas de sauces llorones de millas de altura. Querían cogerlo y llevárselo arriba. Querían arrancarle los miembros, uno a uno.

Boyd trató de correr, pero el espacio dimensional se estaba derritiendo, reemplazado por un caos furioso, un vacío sin sentido ni significado. Una infinita nada que era más horrible que cualquier cosa que le precediera. Boyd empezaba a perderse en el miedo y la entropía.

Justo en ese momento, un grito enardecido perforó el vórtice, inyectando plenitud a aquel vacío negro. La fuerza de la gravedad regresó. Boyd se retorció, abriéndose paso como un gusano de la harina. Separó la boca y sacó la lengua, intentando tocarlo, probarlo; llevarlo a lo más profundo, al lugar al que pertenecía. El grito. Boyd gritó. Sus voces se fusionaron mientras un agitado abismo rugía a su alrededor...

Boyd se incorporó con una sacudida, la garganta seca y dolorida, como si hubiera estado chillando toda la noche. No fue consciente de dónde estaba hasta que vio la jaula vacía del conejo. Cerró los ojos, tratando de recuperar el punto exacto de somnolencia de hacía unos segundos. Oyó un grito, pero pertenecía a una mujer. No había musicalidad en él. Solo terror.

El jueves llegó, y también el Aullador. Tal vez Boyd lo trajo de vuelta a través de su sueño. Cerró la puerta con entusiasmo, recogiendo cada nota, cada matiz. Lo estaba estudiando. Boyd no estaba seguro de cuánto tiempo había estado embelesado hasta que se dio cuenta de alguien había abierto su puerta. Asomando su cabeza en el vestíbulo buscando un culpable, no vio al hombre que caía al otro lado de su ventana detrás de él. Una sombra fugaz en un descenso violento.

De nuevo, el grito, y Boyd apretó los dientes.
Iba a encontrar al Aullador.

Esquivaba a los nuevos empleados temporales que se habían convertidos en trabajadores a tiempo completo. Contratados para sustituir a los seis veteranos que se habían marchado recientemente, revoloteaban de un lado a otro, con los ojos brillantes fruto del entusiasmo por sus nuevos habitáculos y sus imprecisas capas de pintura. MacIntosh estaba en su despacho con la puerta cerrada. Nunca cerraba la puerta, a menos que estuviera discutiendo con su esposa. Su esposa había muerto hacía tres años.

Boyd se dirigió hacia el escritorio de Sandi, donde el teléfono sonaba de modo incesante, con todas las líneas iluminándose, todas sin respuesta. Ella no le prestó atención, se pegaba a la pantalla de su ordenador con los ojos fijos, pulsando el ratón con tanta rapidez que sonaba como unos dientes castañeteando. El teléfono seguía sonando, irritando a Boyd lo suficiente como para obligarle a hacer una pausa en su búsqueda. –Hum, ¿alguien escucha esos teléfonos? –Ella no dijo nada, produciéndose un arañazo en su brazo mientras clicaba sobre cientos de imágenes de muertes, desmembramientos y mutilaciones en varias páginas web a la vez. El escritorio de Sandi había sido despojado de sus habituales y risueños elementos decorativos. Sus ojos se abalanzaban sobre las horribles imágenes mientras apretaba el ratón y se arañaba–. ¿Sandi? –dijo Boyd.

No... –lanzó la palabra con un gruñido carnal, consumido por su obsesiva sobrecarga mental ante tanta atrocidad. Boyd echó en falta las flores de fieltro y las fotos de niños que no conocía. Justo entonces, se filtraron unos gritos provenientes de los pisos inferiores. No eran los gritos que interesaban a Boyd, porque todos en la estancia podían oírlos.

Se abrió paso a través la aturdida horda que se congregaba en el exterior. Se había formado un semicírculo alrededor de algo. Los móviles aparecieron para inmortalizar aquel momento para la posteridad, dispersando la tragedia en la etérea red.

Un escandaloso montón de sangre y jirones de ropa se extendía delante de él. Era el cuerpo de un hombre, estampado contra el impoluto mármol frente al edificio. El impacto de la caída había pulverizado su cuerpo, que había explotado a través de su traje. Grandes pedazos de hueso, carne y cerebro se esparcían en una forma grotesca pero vagamente humana, como tubos de pintura al óleo carmesí estrujados y dispuestos en un burdo contorno de tiza. Riachuelos de sangre corrían sin obstáculos a través de la piedra lisa, escapando en dirección a unos pies que retrocedían huyendo de lo desagradable de aquellos cálidos fluidos. Una corriente rojiza y brillante se congregaba alrededor de un zapato perdido. Era un zapato verde de punta con franjas blancas, su brillo inmaculado reflejaba un rayo de sol.

Boyd miró el amasijo de piel y tejidos. Sus ojos se abrieron de par en par recordando lo último que le dijo aquel excesivo hombrecito. Sonrió.

–Nos vemos más tarde, amigo –repitió Boyd en voz alta, con su timbre resonando entre el ruido. Un gemido colectivo, luego ceños fruncidos con disgusto. Todo el mundo retrocedió mientras él comenzaba a reír. Los teléfonos móviles se volvieron hacia él. Un hombre fornido ataviado con ropa de deporte sacudía la cabeza de forma ominosa. Se echó a reír con más fuerza, desternillándose, antes de que llegaran las sirenas que lo enmudecieron. La risa explosiva de Boyd se apoderó de su faringe y comenzó a ahogarse. Cayó a cuatro patas, escupiendo flemas sobre el enlucido, cubriendo los charcos de sangre que comenzaban a coagularse como el pudín del día anterior.

Boyd se dio la vuelta. La ventana rota del piso dieciocho bostezaba como un diente ausente en el cráneo de un titán. Unos cuantos pisos más abajo, Boyd apenas podía distinguir al señor MacIntosh observando la escena desde su oficina de la esquina. Llegaron los miembros de seguridad, impeliendo a todos a que regresaran al in-

terior del edificio, solicitándoles que regresaran a sus hogares. Pero Boyd no quería marcharse, a pesar de que, en esos momentos, Century City era un caos ensordecedor de cotilleos y altavoces.

Una sombra fornida se elevó sobre él, y un pie aterrizó en su cara. Aquel tipo no llevaba zapatos acabados en punta.

En el interior del coche, Boyd sostenía una bolsa de hielo sobre su pómulo fracturado. Solo una hora antes, había recuperado la conciencia mientras un equipo de urgencias despegaba el cuerpo del suelo, recogiendo los restos en bolsas de plástico. La zona había sido despejada de civiles, a excepción de unos cuantos compañeros de trabajo que habían sido interrogados por la policía. Boyd tenía que quedarse hasta el final. Los técnicos de emergencias sanitarias sugirieron llevarlo al hospital, pero él se negó, insistiendo en que se encontraba bien y que tenía que irse a casa a sacar a su incontinente Labrador. Boyd no tenía perro, y ciertamente no se encontraba bien. Peor aún, había perdido el rastro del Aullador, y ahora se veía obligado a esperar un día más.

Un coche de policía pasó zumbando a toda velocidad, tan cerca que casi se llevó el espejo retrovisor de Boyd, con sus luces parpadeando y las sirenas aullando. Sintiéndose aturdido, abrió la ventanilla para tomar aire. Los crudos bramidos de una ambulancia y de un camión de bomberos llegaban desde una docena de direcciones diferentes, pero solo unos pocos se dirigían hacia Century City. Había otras muestras de desorden sucediéndose en los alrededores. Tal vez un incendio en las colinas. Tal vez un disturbio...

Algo estaba cociéndose en la ciudad.

El sonido de un claxon lo asustó. A su izquierda, el señor Resnick agitaba una mano desde detrás del volante de un práctico Volvo marrón, sonriendo como si estuviera en un apacible viaje dominical a través del condado de los Amish. Boyd le devolvió el saludo. Estaban demasiado alejados como para charlar de los Dodgers. Miró al

frente, todavía sintiendo la horrible sonrisa de Resnick apuntando hacia él. Golpeó el volante con impaciencia, desesperado por avanzar, por huir de aquella incómoda parada. La luz cambió, pero la sonrisa de Resnick no, por lo que salió disparado calle arriba y desapareciendo tras una curva.

Boyd encendió la radio, tratando de empañar su hiperactivo con algunas piezas musicales, pero todas las emisoras de música habían sido tomadas por programas de noticias, informando sobre actos aislados de violencia y congregaciones de gente. Un atentado en el Hotel Mondrian. Una masacre en la tercera de Promenade. Un hombre fuertemente armado que tenía unos rehenes en el colegio Brentwood. Edificios ardiendo en el distrito comercial de Beverly Hills justo al lado de Doheny.

Pisó los frenos a fondo, evitando a duras penas impactar contra el final de una hilera de coches detenidos frente a un semáforo en verde. Apretó el volante, manteniendo la compostura, mientras el tráfico avanzaba. Boyd siguió su ejemplo, uniéndose al lento desfile de curiosos cuando pasaban por delante de un accidente. Un Volvo marrón se había estrellado contra una cafetería en Pico. Cuerpos mutilados yacían sobre la acera. Los heridos se alineaban en el bordillo, con sus cabezas sujetas por sus manos ensangrentadas. Cuando Boyd se acercó, vio a un hombre tumbado bajo una manta térmica, recibiendo ayuda médica y oxígeno. Era Resnick. Su cuerpo se convulsionaba como si estuviera conectado a una máquina de electroshock. Seguía sonriendo.

Del apartamento habían desaparecido la mayoría de muebles, incluida su novia. Probablemente habría huido a un nuevo hogar, más familiar con todas sus pertenencias y el cuerpo de un conejo muerto sellado en una bolsa para el congelador. Boyd disfrutó del vacío que lo rodeaba. Del exterior llegó el sonido de tres disparos de pistola consecutivos.

Se sentó en el centro del suelo, incapaz de sentir la madera rugosa que tenía por debajo. Se estaba expandiendo, flotando entre mundos. Su cuerpo se tensó, a punto de explotar a través de la cuenca de un ojo palpitante, impregnando las paredes desnudas de sustancias viscosas burbujeantes. Algo en los cimientos se movió, como una ancestral larva que salía a la superficie, originando socavones donde antes había edificios. Las cuatro esquinas se quejaron, mientras el inmueble vibró ligeramente. Estaba tratando de alzarse mientras todavía le fuera posible. La gigantesca pantalla de cine, proyectando todas las luces y el ruido hacia la ciudad miope que lo creó.

Algo detonó a unas pocas millas de distancia. Boyd quería salir corriendo hacia su coche, regresar a sus dos ventanas hieráticas, pero no tenía la llave.

Por lo tanto, esperaría, como lo había estado haciendo durante toda su vida. Si tan solo pudiera pasar aquella noche de una pieza, lo investigaría por la mañana. El tic tac de los segundos del hermético tiempo resultaba asfixiante.

Observando atentamente, oteó el horizonte hasta que se sintió agotado y sucumbió, renunciando a regañadientes a los primeros rayos del alba con un encogimiento de hombros que denotaba derrota.

Boyd era el único que estaba en marcha antes de que el sol pudiera aparecer de manera vacilante desde la parte posterior de los acantilados que circundaban Hollywood. Había sobrevivido a la noche, y ahora el día era suyo. Encontraría al Aullador, y le exigiría una explicación.

Las calles estaban desprovistas del ajetreo habitual de aquellas horas. Una oscura silueta saltó desde un callejón. Unos brazos sacudiéndose agarraron algo pesado de la acera y lo arrojó a las sombras. En la siguiente farola, Boyd descubrió a alguien en una parada de autobús bailando un vals con lo que parecía una muñeca de trapo de tamaño natural, girándola sin parar como en una danza extasiada.

La mañana pasó del gris al rosado, formando columnas de humo que flotaban en el cielo como fantasmas proyectados. La radio emitía una canción que Boyd conocía pero que ya no reconocía. *Me detengo en el borde de una montaña, y la derribo con el filo de mi incredulidad*[1]. Esos acordes, el fin del mundo. La letra, un panegírico. *Recojo todas las piezas, construyo una isla, incluso podría mover algo de arena. Palmeras escuálidas, en llamas, se balanceaban como danzarinas velas de cumpleaños.*

El piloto automático de Boyd había desaparecido, siendo sustituido por una intensa atracción magnética hacia un destino situado al oeste, marcado por el armazón de una descomunal grúa. Sintió que sus ojos se cerraban, pero seguía viendo todo lo que le tenía frente a sí con un sombrío alivio.

A medida que se acercaba a Century City, los coches abandonados llenaban las calles, esparcidos como Hot Wheels amontonados en el escaparate de las tiendas cerradas. El Aullador había escapado, tomando los barrios circundantes, transformando todo lo que era vida en espectros. La segunda planta de una anodina sinagoga vomitaba cenizas, mientras que las llamas se asomaban desde las aberturas ennegrecidas. Nadie trataba de extinguirlo. A los fantasmas no les gustaba el agua. Y mucho menos las sinagogas.

Desde Pico hasta Century Park East, Boyd esquivó los escombros: ropa abandonada, un carrito de perritos calientes destrozado. Una larga y extensa franja de color escarlata manchaba el pavimento, como si alguien hubiera atropellado un ciervo y lo hubiera arrastrado calle abajo hasta que quedó reducido a la nada.

Más adelante había un muro de camiones destrozados, apilados en dos montones hasta alcanzar los treinta pies de altura frente a su edificio. Boyd apagó el motor y bajó del vehículo. Observó aquel

1 Pertenece a la canción Voodoo Child de Jimi Hendrix, aunque en la canción original, en lugar de *"with the edge of my hat"*, dice *"with the edge of my hand"*.

bastión de acero machacado no como un problema, sino como un desafío. El sonido amortiguado de un martillo neumático llegaba zigzagueando por entre los escarpados barrancos. Comenzó a trepar.

Con sus brazos y sus piernas desgarradas, Boyd saltó desde la barricada y corrió hacia la entrada principal. Una mujer desaliñada vagaba sin rumbo, iba desnuda de cintura para abajo. Su blusa estaba cubierta de sangre, llevaba un mechón de pelo blanco en cada mano. Dejó atrás un hombre que se golpeaba la cabeza contra un contenedor, tratando de gritar. No emitió más sonido que un jadeo seco.

Boyd se precipitó por el camino de entrada, acercándose a la cuadrilla de obreros que, de alguna manera, todavía trabaja a destajo. Estaban salpicados de lo que parecía alquitrán, martillando algo esponjoso en el asfalto. Algo elástico y húmedo. Viscosos fragmentos de algún material mancillaban sus andrajosos monos de trabajo. Boyd no les miró a los ojos, ya no le interesaba estar allí. Sus asuntos le esperaban en otro lado.

El vestíbulo estaba desprovisto de seguridad y los ascensores estaban estropeados. Boyd abrió las puertas de la salida de emergencia y subió las escaleras, volando sobre los escalones de tres en tres. Tenía que llegar arriba, tenía que alcanzar sus dos gélidas ventanas. Tenía que encontrarse en su sitio cuando él llegara.

Entró en la sala por la parte trasera, pasando por compartimientos tranquilos y oficinas yermas. Nada parecía fuera de lugar. Todo el mundo se había ido, incluso Margaret. Su ausencia, y el silencio de su fotocopiadora preferido, hacían que aquel lugar de trabajo despoblado pareciera aún más desolado.

Al final del pasillo, la puerta del señor MacIntosh estaba cerrada. Boyd giró el picaporte.

MacIntosh colgaba del centro de la estancia, entre los horribles cuadros y los imponentes diplomas que adornaban las paredes, su cabeza casi cercenada a la altura de los hombros por una soga de cables que pendían de una abertura del techo. Sus dedos, como garras, habían alcanzado un descanso impío rasgando el aire como en busca de algún documento.

Boyd se sintió mareado y se tambaleó dejándose caer sobre el sofá. No había dormido en días. El mundo se cernía sobre él. Los edificios estaban inclinándose de nuevo.

No estuvo seguro de haberlo oído al principio. Algunas veces la mente no quiere renunciar a la embriagadora aprehensión y aceptar el instante.

El espeluznante alarido reverberó a través de los cristales, inmenso en su imposibilidad de ser descrito. Lo envolvió, calmando su espíritu mientras encendía sus pensamientos. Desde la pared convergente en la que las ventanas finalizaban en un afilado punto isósceles, Boyd pudo ver de dónde procedía. Aquella era una posición privilegiada, percibiendo por completo la presencia del Aullador. Podía sentirlo, atrayéndolo, sobrevolándolo. Sabía que podía.

El ruido sordo del cuerpo de MacIntosh golpeó el escritorio y sacó a Boyd de su ensimismamiento. Se apartó de las ventanas, lejos de aquel hambriento triángulo, y tropezó con el cadáver decapitado de su jefe enroscado sobre su silla de oficina. La cabeza se había detenido en un rincón, contemplando a Boyd con ojos turbios y con su hinchada lengua expuesta. MacIntosh lo supo todo este tiempo y se lo guardó para sí. Maldito sea.

El Aullador atacó de nuevo.

Desde algún lugar de la oficina, el indicio del acogedor tecleo de una máquina de escribir le hizo detenerse. Neil estaba completamente desnudo frente a su ordenador, sus oídos liberados de su música pretenciosa. Estaba rodeado por un búnker de legajos que llegaban hasta el techo, apilados como sacos de arena, protegiéndolo del mundo exterior. La sangre se pegaba a su vientre de abdominales marcadas, embadurnando incluso sus repulsivos órganos genitales y su

vello púbico enmarañado. El grueso tobillo de una mujer de mediana edad asomaba por detrás de un armario, lejos de su lugar habitual junto a la fotocopiadora. Neil levantó la vista, con los ojos llenos de locura. –¡Lo oí, Boyd! ¡Lo oí! –Boyd arrancó un fax de la pared–. Murieron por nuestros pecados –dijo Neil. Boyd levantó la máquina por encima de su cabeza–. ¡Murieron por nuestros pecados! –El rostro sudoroso de Neil se hundió contra la base de su cráneo, mientras fragmentos de plástico y cerebro adornaban sus frases francesas.

Ignorando los reductos de matanza y destrucción, Boyd corrió hacia la cúspide de Century City, donde le aguardaba su destino. No encontró ningún obstáculo en el camino. Todo cuanto le llegaba en la distancia, estaba envuelto en su propio infierno particular.

Boyd apenas tocaba los escalones de granito mientras ascendía, siempre hacia arriba, en una subida a la salvación. Sin embargo, no estaba a salvo dentro de aquella bestia. Carecía de paredes y no podía ocultarse de él, lo que lo convertía en el lugar idóneo para el Aullador. Nadie se fija en un montón de huesos cuando hay mucho más caos rodeándolo.

Al fin, Boyd estaba en lo alto del edificio que todavía no era tal. Podía ver el océano, las montañas. Podía ver el lugar en el que ya no viviría.

El mundo entero estaba en llamas, y era precioso.

En ese momento, algo se movió. Una figura, acurrucada en el extremo del brazo de la mastodóntica grúa. El Aullador.

Boyd se dirigió hacia él. Necesitaba acercarse, necesitaba que gritara una vez más. La forma se agitó. Era una cría. Una niña pequeña, de tez y ojos pálidos, como si alguien le hubiera drenado el color. Miró a Boyd, acto seguido se lanzó hacia él, sus labios comenzando a separarse. No podía creerlo. Allí estaba el grito.

Sin hacer ruido, la chica se balanceó sobre sus talones y saltó de la grúa. Otra cosa minúscula, cayendo como el granizo del cielo azul, naciendo para pintar el mundo que había a sus pies.

Boyd corrió hacia el borde y la vio aletear en un suave descenso, como si no pesara nada. Una cáscara de piel, el esbozo de un ser humano hueco por dentro. Cogió una corriente de aire ascendente y comenzó a girar como lo haría una hoja de arce, deslizándose hacia el horizonte humeante. Boyd nunca supo si llegó a tomar tierra.

Cayó de rodillas angustiado. Nunca llegaría a oír un último grito, nunca llegó a saber qué era lo que ella quería.

Justo entonces, otro grito quebró el aire.

Se puso en pie de un salto y buscó con la mirada de forma desaforada. Estaba cerca... Tenía que estar allí mismo. ¿Dónde?

El grito volvió a estallar a pocos metros, arrojándolo al suelo con el estallido de su onda expansiva. Con los oídos pitándole, miró alrededor de la planta, descubriendo una pequeña grieta en el hormigón que sostenía la estructura del edificio.

Tras un examen más minucioso, descubrió que en realidad se trataba de un pequeño agujero perforado en la megaestructura, enroscándose hacia el interior de la piedra y el acero. Algo diminuto salió de la abertura y se detuvo en el borde de la misma. Boyd frunció el ceño y se echó hacia delante, descubriendo los detalles de un delicado artrópodo de un centímetro de longitud. A primera vista, se parecía a la cría de una mantis religiosa bajo la influencia de los marcados genes de un cefalópodo. Su cuerpo era firme, a la par que maleable y totalmente translúcido. Colores indescriptibles giraban y palpitaban en su interior, e irradiaba la sensación de una inteligencia infinita. Era elegante, aunque horriblemente extraño en sus gestos erráticos. Más inquietante resultaba el movimiento de la luz creciente, que parecía estar alrededor del organismo, reemplazando el aire, como si nuestra realidad retrocediera en señal de repulsión. No pertenecía a este mundo. Era la antítesis de toda nuestra existencia.

Boyd nunca había estado tan aterrorizado en toda su vida. No

de la muerte, sino de un destino más inconcebible, de aquel del que había brotado este ser exiguo. La simple idea de que lo que tenía ante él bastaba para poder conducir a Boyd a una locura irremediable. Su cuerpo se arrastraba como si lo hiciera con un millón de patas como agujas. La bilis se estancó en su garganta y su corazón le golpeaba el pecho, pero notó que se acercaba algo más a aquella minúscula cosa, impelido por un anhelo primigenio que no lograba comprender. Boyd extendió una mano...

Cuando su dedo tembloroso casi tocó a la criatura, se congeló, esta se hizo un ovillo y soltó una descarga sónica, que en ese lugar se entendía en términos de ondas longitudinales, y que se convirtió en un apoteósico y sonoro grito.

Eso era el Aullador. Eso era lo que gritaba.

La cáscara mortal de Boyd se desintegró. Su conciencia se catapultó a través del espacio, moviéndose dentro de una hélice inconmensurable de notas comprimidas; una sinfonía cósmica donde la luz todavía no había llegado. Una resonancia que engendraba la locura cuando se convertía en un simple grito, formado más allá del borde de la comprensión.

Quería detenerlo, pero ya era demasiado tarde. La información llegó en oleadas dolorosas... Nacida en el remolino elemental del vacío inquieto... Enviado a través del abismo del espacio y el tiempo... Cumpliendo el mandato de difundir el caos...

Aquello gritó, mientras Boyd se postró en una súplica a algo no más grande que un lepisma, que poseía el conocimiento de mil millones de galaxias extintas y senderos a dimensiones inimaginables.

Sus oídos explotaron y lágrimas rojas cayeron sobre el suelo, mientras aquello gritaba una y otra vez. Nunca volvería a oír otra cosa. Boyd sintió algo quebrarse en su interior, a sus pies, como si su cerebro hubiera llegado al límite de su capacidad, entrelazándose con la conciencia de aquel pequeño organismo.

El Aullador era un peón, estaba completamente solo en aquel lugar tan incongruente e insanamente armonizado. Así que gritaba, como lo haría un niño confundido y asustado al que han expulsado

de su hogar. Su presencia aquí no encajaba, y aquello que lo envío era conocedor de ello. Despedazaba el orden cuidadosamente tejido de este insignificante pedrusco.

Aquella diminuta cosa, sin ser consciente de su propio poder, estaba desgarrando nuestro mundo. Boyd quería morir, rezando por un Cielo, o incluso un Infierno, en lugar del agitado espacio-tiempo que le esperaba justo al otro lado de este plano. No había nada sagrado. La ciencia se había convertido en un mito. Solo la muerte preservaría la ignorancia antes de que el velo fuese desgarrado. Quería morir para que todo acabara.

Mientras la ciudad bajo sus pies estaba siendo devorada en vida, Boyd pensó en los insípidos *reality shows*, con la esperanza seguir teniendo la consistencia suficiente como para llegar al suelo.

El Aullador alzó el vuelo, tranzando espirales en el aire a una velocidad imposible, siguiendo la estela del sol naciente. Pronto aterrizaría en otro lugar y volvería a gritar, del mismo modo en que lo hizo aquí. Sea lo que fuere lo que lo trajo, ya se había acabado. Algunas puertas no pueden abrirse más de una vez.

Boyd ya no podía mover sus extremidades. Su cuerpo ya no era suyo, solo era un revoltijo de nostalgia sin sentido. Sus ojos mutados estaban dirigidos hacia el cielo sin estrellas que debería haber sido azul, pero que ahora era una cúpula de ceniza creciendo bajo una noche eterna. El firmamento sobre Los Ángeles nunca se había visto igual, y nunca volvería a verse así.

Pero Boyd no percibió eso, su visión se centraba en lugares más distantes. Solo veía dos ventanas. Tras ellas, ni Cielo ni Infierno.

La tierra se resquebrajó y se abrió bajo la grúa y la imponente estructura. Los cimientos quebradizos se partieron como cerillas, derrumbándose sobre sí mismos, llevándose todo con ellos. La fisura se extendió como unas fauces abiertas. La Ciudad del Futuro se desplomó y se hundió, transformándose en el polvo de estrellas que lo construyó y lo derribó incontables veces antes, reunificando todas las cosas olvidadas en un profundo silencio a continuación, mientras todo lo que había por encima suyo, gritaba.

Cuento nominado a los Premios Ignotus, contenido en
"La oscuridad innombrable" de Ted E. Grau.
Traducción de José Ángel de Dios.

DILATANDO MENTES
EDITORIAL